

La sopa, espesa. Y el sope, también

LAS transformaciones son inevitables. Así lo nota uno apenas vive algunos años más o menos meditados. Se ha dicho además demasiadas veces que nada muere, todo se transforma, hasta el punto de que en ocasiones, apenas dejamos un poco libre la imaginación, se nos corta el apetito. Así, no debemos llorar, almas conservadoras que somos, apegadas a nuestro pequeño mundo familiar lleno de huecos propicios a la siesta y de pelusas hospitalarias, no debemos llorar mucho si nuestro peso cambia. Hablo del peso moneda nacional, no de nuestro peso específico (éste sí sujeto a variaciones que nos deprimen y nos obligan a pesarnos subrepticia, rápidamente en la balanza de la esquina y a bajar de un salto con una sonrisa falsa que asegura todo en orden, y que nadie cree). Del peso moneda nacional, sí, al que dispensamos, así tal como es, livianito y sin *status*, ese cariño terco y bastante injusto que nos inspiran los compañeros y testigos de nuestro paso por la tierra. Compañeros a veces presentes al corazón por exceso de ausentismo, como suele ser el caso del peso moneda nacional en relación con nuestro bolsillo. Este querido peso moneda nacional que ha resuelto cambiar. Y que nos oprime el alma ante el mero pensamiento de su nuevo peso, que va a ser aplastante, desprovisto de ceros, estos que son al fin y al cabo como burbujas, gentiles burbujas que uno echa de menos en algunas ocasiones, por ejemplo cuando prepara un bizcochuelo y su masa se revela al cuchillo y a la lengua sólo comparable por su densidad al dulce de membrillo. O también cuando va a darse un baño magnífico y descubre que la esponja vace fría y apelmazada como sapo difunto a causa de los enjuagues inhábiles o nulos a que ha sido sometida. Ejemplos prosaicos, indignos de los lectores preclaros de *Confirmado*, pero ilustrativos al menos de cómo a veces los burbujas pueden alegrar la vida. Sobre todo sí, disfrazadas de ceros, esas burbujas de la aritmética se sitúan debidamente en la derecha, lugar que al menos hoy por hoy y en América latina se encuentra tan en boga.

DESPROVISTO o aligerado de ceros, nuestro peso moneda nacional dejará, paradójicamente, de remontarse. Como en esas historias de Julio Verne que han sembrado la simiente de las canas en forma prematura en nuestras cabezas infantiles, cuando los héroes notan que el aerostato comienza a bajar, y adiós bolsas de herramientas, adiós libros, adiós zapatos, adiós todo para volver

a las alturas saludables, el peso moneda nacional pega un corcovo, se sacude el muy chúcaro los mansos ceros, que a) no pesaban nada, b) eran invisibles, c) eran bastante simpaticiones, sobre todo puestos ahí al borde de nuestros honorarios, por ejemplo, y si te he visto no me acuerdo. Y bueno che, si es tu gusto...

ASI, ese peso que fue aligero ahora elige el rumbo espeso, alimenticio, ponderado, del *pâté* y de la gelatina. No nos quejemos, nosotros hasta ahora fieles al *soufflé* y la *mousse* de chocolate, alimentos sutiles y llenos de ceros logrados a fuerza de batir, fatigar los brazos, fantasear, así como suele hacerse con los ingresos a fin de mes, que bien



Por SARA GALLARDO

batidos y aderezados con aire y nada llegan a estirarse y cubrir esos gastos siempre, ellos sí, crecidades y sólidos.

NO nos quejemos. Es, simplemente, un nuevo estilo.

Como el de mi amiga Y., que acaba de volver de Nueva York. Partió ligera, el ojo húmedo, la voz gorgjeante, la risa fácil. Y ha vuelto trágica, el pelo en una trenza fúnebre, la voz gomosa, el ojo avieso, la piel fatal. "Es el nuevo estilo —me dijo desde su antiguo corazón inocente, que sobrevive como el zorzal en la mazmorra del castillo—. ¿No te parece bárbaro?" "Bárbaro", respondí, palideciendo.

UN nuevo estilo. El estilo espeso. Espeso moneda nacional.

Al fin y al cabo la densidad es cosa seria, que gravita, grava, grave. Quiero decir, es honorable. Conozco a dos cónyuges, fiambrosos españoles sítos en Belgrano, que tienen una hijita única de nueve años. Hijita es un suponer, un atavismo, un juego verbal. Hijota es lo que tienen, y que Dios me perdone. "Que pesa ella setenta kilos cabales, señora mía, y hace mucho tiempo que ya no se le juntan las rodillitas. Las bombachas, dispense usted, se las tengo que hacer a medida". "¡Gran siete! Perdón, quiero decir, caramba".

—Setenta —dice el hombre, que revienta de orgullo—. ¡Y todo de comer!

—Porque usted habrá visto esos otros niños que, bah, se comen por ahí una galletita. Esta, quíá, desde que se despierta tiene que llenarse los bolsillos de galletas.

—Y si pasa por el negocio, fiambre que hay cortado en la máquina, fiambre que se mete en la boca.

—Setenta, señora. ¡Y todo de comer!

El estilo espeso. Espeso moneda nacional. Ex peso moneda nacional. Pues sí recuerdo bien, el peso espeso se llamará \$a. Y uno ya imagina los disgustos, al firmar el recibo: "Recibí la suma de 1 \$a por ciento treinta y seis artículos semanales en la revista...", y las trompadas, lágrimas de dolor... en fin, tratemos de olvidarlo.

EL estilo espeso tiene sus cosas buenas. El *pâté* ya mentado proviene, según he oído y en casos elegidos y grandiosos, del hígado enfermo de gansos que, para que desarrollen esa enfermedad, se mantienen cebados e inmóviles en jaulas demasiado pequeñas para sus proporciones. (Ninguna relación pretendo establecer con la hígaditis crónica de los argentinos.) Y pese al dolor de la oca enferma, ¿no aplaudimos emocionados ante un buen *pâté*?

¿Quién no ha visto ese modelo de densidad exquisita que es *El submarino amarillo*, donde los hallazgos del arte pop y del op y del surrealismo y de Jeronimus Bosch y de Beardsley y muchos más se juntan y superponen hasta producirnos una mezcla de extenuación de la atención y de felicidad estética que se traducen en un tambaleo hasta la puerta de salida y un coscorrón injusto a un niño que expresa su entusiasmo?

Así, no lloren por el nuevo espesor del peso. No sean pesados.